subjetivas y cambiantes, y la verdad, se halla el origen de la decadencia. Mientras no se pase de la opinión al saber, mediante el razonamiento filosófico y el conocimiento del alma humana, la política no será más que una pura gestión de intereses contradictorios y acabará por degenerar en violencia. No es que las opiniones políticas sean por sí mismas falsas; las opiniones, en política, siempre tienen suficiente fuerza como para arrastrar a la acción y por ello mismo deben ser valoradas. Pero las opiniones cambian, como los tiempos, y cuando eso sucede, cuando cada cual sigue el camino de su propia subjetividad sin buscar la razón común, entonces la crisis de la ciudad se vuelve inevitable.

Hay otra razón de la decadencia de la ciudad, según la opinión de Platón, que tiene también una difícil solución fuera del ámbito de la filosofía. Se trata de la articulación entre la individualidad y lo colectivo. Cuando la ciudad prospera, florecen los individuos más creativos —los grandes artistas y dramaturgos de la época de Pericles, por ejemplo—, pero esa misma exageración de la individualidad se vuelve funesta en momentos de crisis. El individualismo debe ser evitado y sustituido por una fuerte conciencia colectiva que sitúe la ciudad por encima de todos los intereses cambiantes y de las subjetividades vanas. Toda la teoría política de Platón insiste en que la única forma de luchar contra la crisis de la ciudad es una ley objetiva, racional y derivada de la naturaleza misma de los humanos. Pero esa ley significa también, y en primer lugar, la superación de la subjetividad.

Platón fue el primero en transitar desde una concepción de la política limitada a la administración del poder a otra preocupada por su propio fundamento. Hacer política, en el sentido platónico de ese concepto, es actuar poniendo la ley y la racionalidad en el lugar donde los malos gobernantes sitúan tan solo la gestión de los intereses. En la filosofía plató-